

atrevido á entrar conmigo en explicaciones; yo conozco que me está observando, pero afortunadamente nada puede leer en mi semblante, ni puede tampoco deducir nada desfavorable en mis acciones.

Lo único que puede llamarle la atención es la ausencia de Zubieta, porque, aunque no me lo pregunta, yo estoy cierta de que mi marido ha indagado ya, y tal vez con este motivo, que Zubieta viene todos los días, y al notar que después de lo de la otra noche desaparece, puede atar cabitos y encontrar, en una apariencia, algún fundamento para dudar de mi sinceridad y de mi buena fé.... En tal virtud, para prevenir cualquier accidente, voy á decirle á Zubieta... Pero es el caso que ¿dónde lo veo? le mandaré un recado.... no; le escribiré un papelito....



CAPITULO V.

LA DILIGENCIA DEL INTERIOR.



eso de las cinco de una tarde del mes de Mayo, estaban en el patio del Hotel de Iturbide varias personas, esperando la llegada de la diligencia del interior.

Algunos cocheros se habían apostado con sus respectivos vehículos, tanto en el callejón de Dolores á cierta distancia de la casa de diligencias, como en la calle de San Francisco, cerca del Hotel de Iturbide.

Más de quince cargadores estaban en

acecho, esperando el momento de conducir de la diligencia á los coches, las balijas de los pasajeros; y una multitud de muchachos diseminados aquí y allá, esperando también la ocasión de prestar sus servicios.

Todo pasajero, sólo por el hecho de serlo, lleva en sus maletas, sin poderlo remediar, un cartel que anuncia sus recursos extraordinarios.

Siempre se supone á un viajero en la posibilidad de dar propinas, se le crée rico y en circunstancias excepcionales.

Una persona puede ser todo lo mas económica posible, en todas las circunstancias de la vida, excepto cuando viaja.

No parece sinó que la movilidad es patrimonio exclusivo de los ricos, y por lo menos en México, no se viaja sinó en casos extremos y por absoluta necesidad.

Muchas veces un viaje es una bancarrota, una calamidad en una familia; un viaje consume los ahorros de muchos años ó determina una verdadera crisis monetaria en personas de medianos recursos.

En México, puede asegurarse que cada uno de los nueve ó doce pasajeros que ocupan los asientos de la diligencia, tienen entre las manos uno de los asuntos mas graves de su vida, que está en circunstancias verdaderamente excepcionales, y tal vez está haciendo un penoso sacrificio ó está entrando en un cambio radical de posición.

Es necesario este conjunto de circunstancias, para que las líneas de transporte puedan sostenerse.

Entre nosotros es desconocido el viaje por placer, á no ser á Tacubaya, y mucho más el viaje por economía, á no ser también á Tacubaya.

El viajero, pobre ó rico, está obligado á sostener todo género de especulaciones ventajosas y hasta arbitrarias, como la tarifa de pasajes, los almuerzos de á peso, los desayunos de á dos pesos, los cuartos de mesón, de á peso y por añadidura las propinas á los oficiosos, y las limosnas á un cordón de pordioseros miserables que de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad se

encuentra irremisiblemente, sea cual fuere la vía que se siga.

A todos estos gastos fijos hay que agregar otro que hace tiempo ha pasado de la categoría de imprevisto, á la condición de indispensable:

Los ladrones.

Procedente de Querétaro, venía en el camino el coche número 109, ó sea uno de esos vehículos colorados, que son los monitores de la carrocería, contruídos expresamente en las mejores fábricas de los Estados Unidos, para probar que las combinaciones de la mecánica pueden burlarse, por algún tiempo al menos, de las inverosímiles sinuosidades con que plugo á la madre naturaleza engalanar este privilegiado país.

Sin una apremiante necesidad, sin un subsidio extraordinario y las más veces oneroso para el viajero, y sin uno de esos cajones de hierro con uno que otro palo por encima, sería de todo punto imposible la comunicación en coche, de una capital á otra de la república.

Este punto y el de los ladrones es casi siempre la materia predilecta de conversación entre los viajeros; y ésta era en la ocasión á que nos referimos, la que sostenían los mártires del coche número 109 de que vamos hablando.

Ocupaba un asiento de testera un señor de Buenos Aires, á quien daban el nombre de don Salvador. Este pasajero venía muy triste, porque, según había hablado con un compañero, dejaba en Querétaro un amor romántico, y volvía á México para embarcarse después en Veracruz y regresar á su país natal.

Venían además tres españoles; uno negociante, otro casado con una mexicana rica y otro dependiente mayor, que viajaba por cuenta de su principal.

Otro asiento lo ocupaba un clérigo que viajaba por cuenta de la mitra eclesiástica.

Venía también la mujer de un militar internado en la campaña; esta señora regresaba á México, persuadida de que era imposible seguir á su marido, y finalmente, ocu-

paban los dos últimos asientos, un viejecito enjuto y envuelto en una capa española, que traía á su hijo, un niño como de once años y de una fisonomía interesante y viva.

Aquel viejecito se llamaba don Santiago, y el objeto de su viaje era proporcionar en México á su hijo Gabriel una esmerada educación.

Para lograr este fin, había tenido que pasar ya por mil dificultades y tropiezos, de los cuales había triunfado milagrosamente, y no obstante, podía leerse en la fisonomía de don Santiago un constante sobresalto, pues de todos los pasajeros era el que parecía mas preocupado por la idea del peligro.

—¿Qué dice usted paisano? le dijo un español al otro, nos saldrán los *compadres*?

—No, qué van á salir!

—¿En qué se funda usted?

—En que ayer robaron.

—Eso es, pues dicen que no hay camino mas seguro que el que acaban de robar.

—Además, yo traigo armas, dijo el tercer español.

—Ríanse ustedes de las armas.

—No tanto, paisano.

—Por aquí suelen salir hasta veinte hombres.

—Tengo para los veinte: traigo pistolas de Lefouchet y rifle de á 18.

Mientras los españoles se ocupaban de dilucidar la cuestión de defensa, haciendo un ruido formidable, la señora y el padre rezaban, el viejecito y su hijo no perdían una palabra, y el de Buenos Aires permanecía callado y al parecer indiferente á cuanto lo rodeaba.

—¿Usted qué piensa hacer don Salvador? le preguntó uno de los españoles.

—Para qué?

—¿Si salen los ladrones?...

—Es que estamos pensando en defendernos.

—No pienso yo tomarme esa molestia, he jurado no volver á hacer fuego contra nadie.

Esto lo dijo Salvador con un acento tan misterioso, que los españoles no pudieron menos que fijar la atención.

—¡Cómo! exclamó uno de ellos, ¿yo sé que es usted un tirador de primera fuerza; y tomando usted parte en la defensa, estoy bien seguro del resultado.

—A pesar de eso, repitió Salvador, no me batiré.

No bien acababa Salvador de pronunciar estas palabras, cuando el conductor de la diligencia, dió un toquecito particular en el pescante y en seguida dijo:

—¡Ahí están!

La palidez se apoderó de todos los semblantes.

Se había parado la diligencia.

No tardaron en aparecer por las portezuelas dos bandidos.

El golpe estaba dado, el español del rifle y las pistolas, no se acordó más de sus armas, y todos los pasajeros bajaron del carruaje, poniéndose á disposición de los ladrones, quienes los fueron despojando de cuanto llevaban.

En la casa de diligencias tenían todos ya la convicción de lo que había pasado, á juzgar por el retardo del carruaje.

En efecto, después de las siete de la noche, llegó la diligencia de Arroyozarco, totalmente desbalijada.

—¿No hubo desgracias? le preguntaron al cochero.

—No, señor: no más nos salieron.

—¿Y los robaron?

—Pues nó.

—¿Y los maltrataron?

—No.

—Del mal, el menos; dijeron en la administración.

Y cada uno de los pasajeros en el centro del grupo que le formaban sus amigos, daba los pormenores del asalto y contaba las peripecias del robo.

El viejecito de la capa y su hijo, se dejaron conducir por un oficioso cochero, al hotel del Turco.

